

VICENTE MEDINA Y LA GENERACION DEL 98

POR

ANGEL VALBUENA PRAT

Es usual estudiar la obra del murciano Vicente Medina (1) en el sector regional, únicamente, como la equivalencia de las «extremeñas» de Gabriel y Galán en la región levantina. Sin embargo es curioso que el libro, más importante y personal, de Vicente Medina, «Aires murcianos», apareciera en 1898, precisamente, y con un prólogo de «Azorín», aunque sin su seudónimo (2). José Martínez Ruiz era un admirador del murciano. «Es un gran poeta», coloca como una orla al frente del libro. Admiraba un drama regional, «*El Rento*, honda tragedia —dice «Azorín»—, cuadro delicioso de costumbres murcianas, análisis sagaz de almas ingenuas», al cual ya había dedicado páginas de alabanza. Al hablar «Azorín» de los versos regionales de Medina, le considera un artista total, con la localización de su tierra, sus tipos y sus paisajes. «Sabe llegar al alma —nos dice—. Pinte escenas de la vega o fustigue en arranques pasionales la iniquidad social, Medina es siempre poeta delicado, genial, conmovedor». Considera la nota sobresaliente en el murciano, «la ternura, la infinita ternura —insiste— de los hombres y de las cosas». Interesante prólogo éste de Martínez Ruiz, sin apellidarse «Azorín». Habla de cosas tan lejanas al alma de Medina como el arte de Verlaine, Maeterlinck o Rodenbach —a su vez diversos—, o de un paisaje, una pintura, una lámpara o una estatua. Las referencias a formas exquisitas del arte y el teatro del fin de siglo, incluso del más concreto esteticismo decadentista, nada tiene que ver con el libro que se prologa. Parece entonces, Azorín, pen-

(1) Vicente Medina, «Aires Murcianos». Primera serie. Prólogo de J. Martínez Ruiz. Una peseta. Cartagena, 1898 (Imprenta de la Gaceta Minera). Anuncia la Segunda serie de la misma obra.

(2) Sabido es que hasta principios de siglo no tomó Martínez Ruiz como seudónimo el apellido Azorín, levantino, y de su personaje más característico. En 1894 había usado el de «Ahrimán».



sar en poetas modernistas a tono con sus lecturas y sus predilecciones. Su interesante meditación sobre el alma de las cosas le lleva a recordar a Fray Luis de León y a Leopardi.

Sin embargo esa divagación llena de resonancias emotivas lleva al futuro «Azorín», a sentir en su prosa ya incisiva y cuidada el «tedio inefable, la «melancolía exquisita», que representan algunos de los vates elegidos. El desequilibrio entre el placer que se busca y el cuadro real hiriente de la vida, que expresa Medina, y que en algún punto pudiera coincidir con Maragall, tan leído y alabado por los hombres del 98. Ideal soñado, ansia de vida, perdida en cansancio y monotonía. «Presisamente por eso —nos dice— las poesías de Vicente Medina que más me agradan son aquellas que tal estado de espíritu sugieren. Por ejemplo «Murria» y «Cansera» (3). He aquí ya la explicación de esta conjunción en el albor del 98. Desengaño o fracaso, cansancio y derrota, llevan a esta predilección por poesías tan típicas de un sentido regional, pero que por levantino podía captar en toda su amplitud Martínez Ruiz. «Cansera» —nos dice— es una diminuta obra maestra; una verdadera joya. El huertano... apasionado de su pedazo de tierra, *acorralado en su casa por las desgracias* (el subrayado es nuestro), por la mala cosecha, por la sequía, *por el hijo que se han llevado a la guerra* (también subrayamos), se niega a salir de ella; no, no quiere salir; siente aquella alma ruda el cansancio insuperable, el tedio de quien toda la vida ha luchado reciamente y no recoge al final más que dolores». A pesar de las formas vulgares incorrectas del lenguaje del huertano, Azorín comprende la profunda melancolía, la inmersión en la inección por desesperación y dolor total en que el poeta además de referirse a casos concretos está a tono con el inmenso dolor inútil de los españoles conscientes de la generación del desastre. Un dolor semejante, al que de forma tan diversa a ésta llena en Maragall la tremendamente dolorida «Oda a Espanya». El mismo eco popular de la guerra y los hombres inútilmente perdidos, expresa Medina, en otro tono, pero con la misma melancolía en «La novia del *sordao*» con finos detalles.

(3) «Murria» corresponde a la segunda serie de «Aires Murcianos», como se indica, adecuadamente, en nota del prólogo.

